

Roberto Meza Fuentes

## “Beca Enrique Molina Garmendia”



A ALTA figura intelectual y moral de don Enrique Molina, vida armoniosa traducida en una obra pulcra, original y profunda, daría motivo a un ensayo en que lucieran, con los primores de la forma, los matices más sutiles del pensamiento, las gracias aladas del espíritu, el juego diáfano e inmarcesible de la inteligencia.

Arquitecto de una vida feliz —si felicidad puede haber en la tierra—; autor de una obra que dilata su nombre y su influencia por propios y extraños suelos; creador de una Universidad, lujo y decoro de la cultura americana, que conoció como primitivo instrumento de su futuro laboratorio de experimentación un tubo vacío de aspirina y que hoy cuenta con escuelas profesionales, institutos de investigación, cátedras, tribunas, revistas, archivos, anales de extensión cultural, parques, jardines, estatuas, bibliotecas, una ciudad entera, en suma, que gira en torno a un campanil de una devoción laica y eterna por ideales de elevación y perfeccionamiento humano: Tal es, en apretada e incompleta síntesis, el perfil del maestro que, desde el verde y musical promontorio del cerro Caracol, otea el panorama del mundo sintiendo perderse en la azul lejanía el Biobío legendario que ya cantaba en ilustre romance castellano fray Félix Lope de Vega y Carpio, “monstruo de la naturaleza” en el encomio alucinado de don Miguel de Cervantes y Saavedra.

Don Enrique suscita estas evocaciones clásicas porque es clásico por la vida, obra y el pensamiento. Clásico, en la definición de un poeta puro como Juan Ramón Jiménez, quiere decir vivo y eterno. Y el maestro de Concepción, que lo fue un día de Chillán, y otro día de Talca, y que pertenece ahora a la cultura hispánica y universal, ha sabido, en medio del fragor de la época contemporánea, vivir idealmente en la república platónica hilando el oro sutil de su sueño al ritmo de un afán constante e incesante de superación y perfección. Como en Goethe, su olímpico arquetipo, lo ha sorprendido cada noche y lo ha despertado cada mañana con el beso en flor de una idea pura, “sin prisa y sin pausa, como la estrella”.

“En 1903 —dice la revista de la Federación de Estudiante de Concepción que tengo frente a mi crónica en marcha— contrae matrimonio en Chillán con doña Ester Barañao”. Ha sido —agreguemos nosotros— la bella, abnegada e inteligente esposa, compañera y colaboradora de toda una vida. Ella, sin pretenderlo, se define a sí misma cuando, evadiéndose, responde a un redactor de “Renovación” que la interroga con delicadeza acerca de su inicial conocimiento con el joven profesor, ex alumno del Liceo de La Serena, que, recién titulado en Santiago, iba a instaurar en Chillán la nueva disciplina pedagógica: “¡Ah! De eso hace mucho tiempo...”

Sabiduría chillaneja de doña Ester Barañao Gazmuri. Sin decir nada, lo dice todo. Porque en esa bruma de lejanía y saudade del “hace tanto tiempo” late el fervor, el recuerdo y la esperanza de una vida entera compartida en el silencioso y fructuoso afán creador de cada día.

¿Cabría ahora preguntarse si es posible alcanzar felicidad sobre la tierra? Al clásico, la eterna respuesta: “Iguala con la vida el pensamiento”. De esta rima rica de vida y pensamiento, de acción y de emoción, de contemplación y creación, nace la *sophrosyne* del filósofo, consonancia religiosa y divina que significa la paz y el acuerdo consigo mismo, trance de beatitud en que el alma, libertada de materiales ligaduras, se remonta a la pura contemplación de las ideas,

arquetipo sublime, como el místico extasiado en la claridad de las estrellas comunica con Dios en la noche serena.

No haya temor de trances o transportes místicos en la filosófica meditación de don Enrique. Si la frente ingrávida besa el cielo en su anhelo de altura, el pie firme, en su avidez de verdad, transita sin tregua y sin fatiga por la dura e inexorable realidad de la tierra.

Explica el meliorismo de Lester F. Ward, pero con su amigo del Instituto Pedagógico y compañero del Liceo de Chillán, Alejandro Venegas, el memorable doctor J. Valdés Cange de las *Cartas a don Pedro Montt* y de *Sinceridad* (Chile íntimo en 1910), plantea y realiza victoriosamente la reforma del Liceo de Talca. Estudia a Bergson y viaja desde su cátedra de historia y filosofía del Liceo de Talca al Salón de Honor de la Universidad de Chile, trasladando y ampliando el ámbito provinciano de la curiosidad e inquietud de un auditorio nacional y continental deslumbrado por la maravilla de la intuición, pero —como en una abreviada Universidad— organiza en su liceo una Extensión Cultural en que periódicamente el público de la zona despierta de la rutina de sus ineludibles menesteres utilitarios y recibe el mensaje del espíritu en música, poesía, ciencia, filosofía. (Así nacen las "charlas" del Liceo de Talca. Figuras inolvidables: el rector Molina. En su gracia, dulzura y gentileza, la señora Ester. En su fealdad, resplandeciente de inteligencia y simpatía, el vicerrector Venegas, que soportaba ya con estoicismo una triste e injusta persecución. Juan Rafael Allende que, tras el nombre combativo y combatiente de su ilustre padre, ocultaba el alma mansa y evangélica de un poeta profesor de música y canto. Y la formación y alumbramiento de discípulos ejemplares en las disciplinas de la política y la cultura de Chile. Sólo quiero nombrar a algunos: Ernesto Barros Jarpa, Armando y Ricardo Donoso, Aníbal Jara, Mariano Latorre, Domingo Melfi). Comentaba con profundidad y elegancia las doctrinas y los versos de Juan María Guyau, pero echaba los cimientos de la más admirable fundación del espíritu que Chile conoce: la Universidad de Concepción.

Y así, al repasar siquiera a vuelo de pájaro sus *Proyecciones de la intuición*, o *La herencia moral de la filosofía griega*, o *De lo espiritual en la vida humana*, o *Tragedia y realización del espíritu*, o *Confesión Filosófica y Llamado de superación a la América Hispana*, o *Nietzsche, dionisiaco y asceta* —y sé que olvido, en el camino, otros tantos títulos fundamentales—, debería, tras cada conferencia, disertación o libro, subrayar el *pero* ominoso que parece latir en frases incorporadas al acervo de la mente popular, como cuando decimos: “pobre *pero* honrado”.

Así también ha prosperado el mito y la superstición de la radical inutilidad para la acción del hombre fino de alma, rico de tesoro interior, amigo de la meditación y del silencio. Y así, como pidiendo disculpas por su ocio egregio en las faenas invisibles y misteriosas, con algo de secreto religioso, de la creación filosófica, debemos recalcar: aprendiendo y enseñando (y enseñar es la mejor manera, de aprender), repasaba a los griegos, tema eterno, *pero* creaba, animaba, fundaba la Universidad de Concepción, tema actual para la eternidad. He allí en su cima de plenitud, integridad, totalidad, el milagro del espíritu.

Acentuaremos otra vez el tremendo *pero* para destacar esta omnipresencia y omnipotencia del espíritu: Encantaba a los auditorios más selectos *pero*, al sacar de la nada una Universidad, dotaba a su país y al continente de una nueva forja de cultura. *En el principio era el verbo*.

Una forja de cultura junto a las usinas fabriles y febriles, y junto a un pueblo que, con el deporte divino de la inteligencia, practica la alada religión de la música y el canto. Las grandes masas corales, lección de humana solidaridad para siempre, que llegan al corazón de la mina y de la fábrica, y, en voces de niños y adolescentes, llevan un rayo de luz y una aurora de esperanza a quienes, inclinados en la dura faena, no sienten el beso de las estrellas en la noche oscura de su alma.

En su defensa denodada, heroica y permanente de los valores del espíritu ardiente de coraje civil, afronta la responsabilidad de

sostener la causa de la libertad y la cultura cuando, en horas de inquietud y de congoja, un transitorio eclipse parecía empañar la dignidad de nuestras tradiciones republicanas. Fue entonces cuando el poeta Carlos Mondaca, maestro de la elegía, rimó su canto melancólico: "Lloremos, hijo mío, y no nos consolemos, jamás". Pero, tras la explosión incontenible del llanto junto a la desgracia que siempre parece inevitable, pero que puede ser abatida o, siquiera, disminuida por la alianza de la inteligencia y la voluntad al servicio de la verdad, don Enrique, con firme estilo de varón y en clara actitud de maestro, acudió solitario y resuelto, caballero sin tacha ni miedo, a medir sus armas con sencilla y altiva dignidad con Leopoldo Lugones, poeta ilustre y polemista temible y terrible. Lugones, en un discurso resonante pronunciado en Lima en ocasión histórica, proclamaba "la hora de la espada". Desde el corazón de la provincia chilena, en la Universidad que él había fundado, respondía don Enrique exaltando los valores del espíritu. En México, José Vasconcelos había inscrito este lema frente a su Universidad: "Por mi raza hablará el espíritu". Desde Concepción, en la que era entonces la más austral de las universidades del mundo, don Enrique había grabado esta empresa: "Por el desarrollo libre del espíritu".

Frente a Lugones, profeta de la hora de la espada, don Enrique, acorazado de fe y resplandeciente de verdad, defendía, pluma y corazón en alto, los valores inmarcesibles de la dignidad humana. Y triunfó la humilde majestad de la pluma frente al soberbio simulacro de la espada.

Don Enrique ha realizado su anhelo de descentralizar la cultura creando una Universidad que, sirviendo los intereses vitales de la zona, sirva, además, al país, al continente y al mundo. Cuando, no la fatiga, sino la edad —hemos asistido a sus gloriosos ochenta y cinco años— lo aleja de la rectoría, Concepción, Universidad joven, hija del maestro, tiene con don Enrique Molina un gesto digno del que tuvo un día Salamanca, Universidad con una venerable tradición de siglos, con don Miguel de Unamuno: lo nombra su rector vitalicio. Y como el maestro *Del sentimiento trágico*, tiene una cáte-

dra Miguel de Unamuno, el maestro *De lo espiritual en la vida humana*, tiene una cátedra Enrique Molina.

¿Dónde no respiramos en Chile el aire espiritual de este maestro? Estaba quien escribe esta crónica apresurada en la austral ciudad de Puerto Montt en trance de clases, conferencias y lecturas de poemas y todos los días, antes de iniciar su disertación matinal, el diario del pueblo le traía este mensaje que era un alado augurio de buena ventura: "Beca Enrique Molina Garmendia". Emprende el viaje de regreso a la capital y los diarios del camino —Valdivia, Osorno, Temuco, Chillán, Linares, Talca— le salen al encuentro con el mismo saludo en ritmo cantante de verso decasílabo: "Beca Enrique Molina Garmendia". Llega, por fin a la capital, y en todos los diarios de Santiago le golpea la vista y el alma la misma propicia advertencia. Ella debe estar circulando a esta hora por todo el país. Chile ha aprendido a unir pulcritud y justicia en un homenaje que es un reconocimiento a una vida que no tuvo otra aspiración que la cultura ni otra meta que la verdad, ni otro premio ni alegría que el bien por el bien y la belleza por la belleza.

Para honrar a quien, estudiante surgido de la provincia, creó una Universidad e ilustró su nombre más allá de las patrias fronteras, con exquisita comprensión y sutil sensibilidad, la hija predilecta de su espíritu regala una beca a cada provincia, para que un joven, seleccionado por su capacidad y su conducta —como lo fue don Enrique Molina cuando vino a forjarse un porvenir en el Instituto Pedagógico—, pueda ir a Concepción y, libre de angustias y preocupaciones materiales, terminar la carrera que, bajo el signo de la cultura, le abrirá camino en la vida.

Don Enrique continúa su magisterio en este homenaje ejemplar. Ha hecho de la educación, más que un rito o una liturgia pedagógica, una viva y encendida comunicación espiritual. Siempre está en la mente y el corazón de sus discípulos como una enseñanza, una claridad y una incitación. Podríamos, pensando en él —y con qué emocionada y profunda verdad—, volver al revés frases lapidarias y

convertirlas en sentido reconocimiento de su vida y su obra: buscá-bamos un autor y encontramos un hombre, lo creíamos un profesor y era un maestro: el maestro *De lo espiritual en la vida humana*.

Ya la Universidad de Concepción erige para el porvenir su clara, armoniosa, serena arquitectura. Lejana está la época legendaria de Caupolicán 266 que recuerda uno de los colaboradores de don Enrique del primer y todos los momentos. "Entonces —anota don Salvador Gálvez, director de la Escuela de Ingeniería Química, todo el material de laboratorio cabía en mis bolsillos". Ahora, en la ciudad universitaria, podemos mirar y admirar, como en el verso de cristal y seda del poeta, "los juegos de agua esbeltos entre los mármoles blancos".

¿Cómo ha podido surgir, levantarse y permanecer este milagro? Tengo en mi mesa de trabajo dos libros nacionales: *La vida literaria en Chile* de Omer Emeth, una obra de 1909, y el tomo primero de las *Obras completas* de Leo Par, un libro que acaba de aparecer. Omer Emeth —todos lo saben— es el fundador de la crítica literaria en nuestro país. Leo Par, el sabio humanista don Ricardo Dávila Silva, es el maestro de la crítica chilena. En ambos libros encuentro comentados con honra para el autor dos obras de don Enrique Molina: en el primero: *Un pensador americano: ensayo sobre la filosofía social de Mr. Lester F. Ward*; en el segundo: *La filosofía de Bergson*. En la memoria enternecida de mi corazón se levanta, claro y puro, el nombre de un libro argentino: *Advenimiento*, del grande y admirable poeta Arturo Capdevila, autor de los bellos y graciosos romances del cerro Santa Lucía y de la trágica y estremecida elegía del terremoto de Chillán. En *Advenimiento*, que es un alarde de belleza y un acto de amor a Chile, Arturo Capdevila ve a don Enrique Molina, desde el Mirador del Caracol, transfigurado en el jefe espiritual de la comarca. Leamos ahora un libro técnico, un libro universal: el *Diccionario de filosofía* del español José Ferrater Mora. Y allí el artículo que comienza: "Molina, Enrique, nació en La Serena, Chile..." Y, ahora, un libro americano que todavía no ve la luz pú-

blica: en la camaradería de la vida universitaria me cuenta en Puerto Montt el profesor Manfredo Kemff Mercado, boliviano de selección, que en su historia del pensamiento filosófico del continente, entregada a una editorial chilena, dedica a la *Confesión* de don Enrique la atención que tal obra merece.

Cada uno de los libros del maestro —dentro y fuera de Chile, en reconocimiento nacional, continental y universal— hace noticia, señala hitos, marca fecha en la historia de nuestra cultura. Cuando un Congreso de Filósofos de las tres Américas y Europa se reúne en Santiago de Chile, discuten en sus ponencias los temas, los nombres y las doctrinas que, cuarenta años antes, habíamos escuchado en un liceo de provincia los alumnos —¿por qué no llamarnos sus discípulos?— de don Enrique.

Don Enrique Molina ha dado al pensamiento chileno jerarquía universal. Le debemos esa justicia. Su monumento, más eterno que el bronce, queda para siempre en la Universidad que fundó. Y ahora en la beca que se ennoblece con su nombre. En ambas continúa el diálogo con las generaciones futuras. Ahora no más, desde la cumbre de sus ochenta y cinco años, ha dicho a los jóvenes: “La palabra “Renovación” equivale a expresar lo que el lema de la Universidad reza “Por el desarrollo libre del espíritu”. Pero, no olvidar . . . que en la Universidad hay otro lema, “Sin verdad ni esfuerzo no hay progreso”, que aporta cierta disciplina que hacía falta al primero”.

La lección está completa: ímpetu, fervor en la libertad creadora de la verdad y la belleza. Esfuerzo, disciplina para mantener y perfeccionar las victorias de la libertad. Y doña Ester, luz de Chillán que ilumina la serena luz de Chile que es don Enrique, nos entrega con la sencilla y admirable gracia de su femineidad el secreto del triunfo: el maestro rehuyó siempre toda bandería sectaria o política para amparar la creación predilecta de su espíritu. Quiso, y lo consiguió para bien de Chile y su cultura, que la Universidad de Concepción, hija de la libertad, fuera madre de la verdad, la justicia y la belleza.



Joven que me estás leyendo, que en la estrecha y heroica escuela de la pobreza sientes hambre y sed de cultura, ambición de elevarte a la grandeza por el espíritu y a la gloria por la claridad de tu inteligencia y la dignidad de tu conducta, piensa que tu destino, que es parte integrante e inalienable del destino nacional, puede encerrarse en estas cuatro palabras que suenan como un matinal conjuro mágico: "Beca Enrique Molina Garmendia".